

Parte I
LA PERFECCION DE LOS SANTOS



**LLAMADO
AL SANTUARIO**

~~Noviembre~~ - Diciembre, 1978 -

~~VOL. 4~~ - NUM. 3

Llamado al Santuario es un periódico laico de los Adventistas del Séptimo Día. Se mantiene por las contribuciones de sus lectores interesados. Es enviado gratuitamente a quienes lo soliciten. Diríjase a: **LLAMADO AL SANTUARIO, Route 1, Box 668-H, Valley Center, California 92082, U.S.A.**

LLAMADO

al santuario

Un Periódico Laico
de los
Adventistas del Séptimo Día

~~Route 1, Box 568H
Valley Center, California 92082
E.E. U.U.~~

P. O. Box 292
Temecula, CA 92593

UN ANALISIS DEL MENSAJE DE DESPERTAR

Parte I LA PERFECCION DE LOS SANTOS*

Por: Roberto D. Brinsmead

Introducción

Ha llegado el tiempo para revisar un cuerpo de enseñanzas conocido, durante la última década, como el Mensaje del Despertar. Hago ésto porque necesitamos reconocer francamente ciertos errores en nuestra forma de pensar y en nuestra enseñanza.

La mayoría de mis lectores, si no todos, reconocerán que puedo hablar con autoridad y precisión acerca de lo que ha enseñado el Despertar. Aunque se ha tratado con una amplia gama de asuntos doctrinales y de interpretación, es materia sencilla establecer lo que ha sido el empuje central del mensaje. Dicho brevemente:

Cristo está en el lugar santísimo del santuario celestial. Su propósito especial al estar allí es juzgar a su pueblo y hacer expiación final por ellos. La puerta al lugar del juicio está abierta, el pueblo de Dios está invitado, y... mejor aún, se le ordena entrar por la fe; o — para usar el lenguaje de la tipología antigua — se nos llama a congregarnos en el santuario porque sólo los que sean uno con Cristo en Su obra final serán beneficiados por los últimos grandes actos de su mediación.

Aunque Dios nos llama a la santificación como parte necesaria de nuestra preparación para el juicio, ningún hombre puede entrar a él seguro tomando como fundamento su santificación personal. Aún aquel que haya escalado las vertiginosas alturas del santo vivir (habiendo seguido todas las reformas y vencido en todo punto) deberá “afligir su alma” porque la santidad de su vida se queda muy corta ante la infinita justicia que demanda la ley. No hay sino un sólo Hombre que tiene una justicia que

* Este análisis fue escrito primeramente en inglés en el año 1972.

puede afrontar las más amplias demandas de la ley. Es el Hombre Cristo Jesús. El es nuestro Sustituto. El está ante la presencia de Dios por nosotros. El es nuestra Justicia. En Cristo, todo creyente tiene suficiente justicia para mantenerse en pie en el juicio. Bien podemos, y debemos, venir al santuario con un espíritu contrito y quebrantado, pero al mismo tiempo con libertad y confianza en la sangre, en la vida impecable y en la mediación de nuestro fiel y misericordioso Sumo Sacerdote (Heb. 10: 19-23).

El pueblo de Dios no sólo debe encarar el juicio confiadamente mediante la fe en el Sustituto, sino además con una ansiosa anticipación. Porque no es tanto un juicio **del** pueblo de Dios. El Juez se levantará en favor de sus pobres santos afligidos. El que murió por ellos pleiteará poderosamente su causa en un tiempo de crisis abrumadora. Hará algo por ellos y para Sí mismo. El hará la “expiación final” o borramiento de los pecados. Los sellará con la marca de eterna liberación.

Los miembros del pueblo de Dios no vienen al juicio como hombres **impecables**; por supuesto que vienen como hombres arrepentidos, perdonados y vencedores, pero no impecables. Sin embargo, mediante su obra de juicio y expiación final, El completará su obra de gracia y llevará a su pueblo a una condición de perfecta impecabilidad, capacitándolo para vivir sin Mediador en el santuario durante las siete postreras plagas. (Se encontró una mayor dificultad cuando se trataba de explicar esta obra final de gracia en los santos. Al principio nosotros la llamábamos remover del corazón espiritual, o del carácter, “las cicatrices del pecado.” Más tarde se la identificó como la erradicación del “pecado original” o de la naturaleza pecaminosa — esto es, por supuesto, la naturaleza espiritual pecaminosa y no la naturaleza física corruptible — o aún como el borramiento de la maldad oculta en la mente subconciente. Sea lo que haya sido, todos estaban al tanto de que para vivir sin la intercesión de Cristo después del cierre del tiempo de gracia se requería una obra especial de gracia; y esta obra sería concedida al pueblo de Dios mediante la obra de Cristo en el juicio y la expiación final.)

Por lo tanto, el mensaje del juicio son buenas nuevas — buenas nuevas porque Cristo mismo es nuestra Justicia en el tribunal del juicio de Dios, y buenas nuevas porque es un juicio para los santos. Por lo tanto, debemos desear ansiosamente la venida del juicio y orar para que venga pronto.

Por supuesto que surgieron otros puntos trascendentales del mensaje precedente, y algunos de éstos se discutirán en este número. Pero el resumen anterior constituye una recopilación concisa de lo que ha sido el mensaje del Despertar.

Es ahora un asunto de historia, que en muchas partes del mundo este “mensaje del santuario” ha hecho un impacto, y no pequeño, dentro del pueblo de Dios. Para muchos, vino a ser las nuevas de más gozo que ellos hubiesen escuchado desde que llegaron a ser Adventistas del Séptimo Día. Para otros, se

constituyó en algo que amenazaba a la iglesia y merecía vigorosa oposición.

Pienso que ambas partes pueden hacer las siguientes observaciones con honradez y sin contradicción: Esta agitación del Santuario surgió en un tiempo cuando el juicio y el ministerio de Cristo en el lugar santísimo estaban haciendo muy poco impacto en la conciencia Adventista. Para los pioneros, estas verdades especiales y distintivas eran centrales. Y para la década de 1950 a 1960 estas cosas llegaron a ser en realidad un acorde menor en la sinfonía Adventista.

El mensaje del Despertar hizo nuevamente de estas verdades distintivas el acorde mayor. El juicio venidero de los vivos cautivó la atención de muchos laodicenses. Muy pocos de los que han estado “dentro” del Despertar tratarían de explicar su impacto dinámico como una mera excitación humana.

Se admite que algunos han estado envueltos en la agitación por otras razones; pero son muchos los que no pueden negar que los trajo a un contacto vital con el Salvador, librándoles de cargas y temores innecesarios, y reavivando la esperanza en la gloriosa terminación de la obra de Dios en sus corazones y en todo el mundo.

Todos conocemos que este desarrollo ha estado rodeado de argumentos y contra-argumentos. En la atmósfera de la controversia religiosa, se necesita más que un milagro ordinario de la gracia divina para que la humanidad pecaminosa sea objetiva. Pero a menos que el escritor y el lector estén dispuestos a ser tan objetivos como sea humanamente posible, sería mejor detenernos aquí.

Gran parte de los argumentos que rodearon al Despertar quedaron establecidos finalmente en torno a la materia del perfeccionamiento de los santos. Nuestros críticos pensaron que éste era nuestro punto más vulnerable. Mientras más vigorosamente se atacaba esta área, más vigorosamente nosotros la defendíamos. Consecuentemente, no sólo los que se oponían al Despertar sino aún los que lo defendían, arribaban inevitablemente a considerar el asunto de la perfección de los santos como el mensaje central del Despertar.

Sea como haya sido, este escritor está convencido de que nuestro entendimiento del perfeccionamiento de los santos mediante la expiación final no ha sido totalmente correcto.

LA VISION HEREDITARIA DEL PERFECCIONISMO

Sin tratar de mitigar o de excusar error teológico alguno de nuestra parte, necesitamos entender la influencia de nuestra herencia Adventista. Pocos querrán negar que los pioneros de la iglesia creían que la última generación estaría compuesta de hombres perfectos o impecables. Decía Jaime White:

“La mayoría del pueblo piensa que si una persona está preparada para morir, está preparada para la venida del Señor. Pero no consideran la diferencia entre morir y sostenerse en pie, vivo, para recibir al Señor en Su aparición. Una cosa es morir en el Señor, entregarle a él nuestros espíritus mientras está rogando por nosotros delante del trono del Padre; y otra cosa, bastante diferente, es mantenerse en el tiempo de angustia, después de que Jesús cese de interceder en favor del hombre, después que su sacerdocio concluya y se esté preparando para venir a redimir a los suyos y tomar venganza sobre sus enemigos. Los que comprenden estas cosas bendecirán al cielo porque se han preparado medios en la misericordia de Dios para la perfección de los santos.” — *“Life Sketches of James and Ellen White”*, pág. 431. (Este libro no es el *“Life Sketches of Ellen G. White”*).

Y la generación que siguió a los pioneros creía en el perfeccionismo. Un ejemplo excelente de esto lo tenemos en una lectura de Semana de Oración, por Juan A. Brunson. Esta apareció en el *“General Conference Bulletin, III”* (Boletín de la Asociación General) (Cuarto Trimestre, 1899), páginas 78-81. Difícilmente puede uno citar algo de mayor aceptación oficial que el folleto de una Semana de Oración. Decía Brunson:

“¿Se requiere más de los candidatos para la traslación que de otros que hayan vivido y muerto en Cristo? Yo contesto, seguro que sí. ¿Por qué? — Porque aquellos que hayan de ser trasladados deberán alcanzar tal grado de perfección, mientras están en la carne, que los capacite para sostenerse en pie sin un Mediador, en los últimos tiempos. Esto significa mucho, — mucho más de lo que temo que muchos de nosotros comprendemos.”

“... si Su obra de Mediador comenzó tan pronto como surgió la necesidad para ella, nosotros concluimos que cesará solamente cuando la necesidad que se tiene de ella termine. Pero esta necesidad de mediación surgió cuando el hombre se hizo pecador, una criatura en rebelión contra su Hacedor, un apóstata. Por lo tanto, esta necesidad cesará solamente cuando los hijos de Dios en la carne hayan sido restaurados a esa completa armonía con Dios que disfrutaba el hombre antes de pecar. Es decir, el que haya de ser trasladado concordará tan perfectamente a la imagen de Cristo, propósito para el cual fue llamado (Rom. 8:28, 29), como Adán concordaba a la imagen de Dios antes de que pecase.”

Si alguien quisiera leer una documentación de la posición perfeccionista de los primeros adventistas, le sugiero la tesis de Roberto Haddock, *“A History of the Doctrine of the Sanctuary in the Advent Movement, 1800-1905* (Una Historia de la Doctrina del Santuario en el Movimiento Adventista, 1800-1905) (Andrews University, June 1970).

La tercera generación de la enseñanza Adventista del Séptimo Día, quedó bien representada por las obras del Pastor M. L. Andreasen, publicadas en nuestra denominación. Su obra, *“The Book of Hebrews”*, enseña claramente el concepto de la perfección impecable de la generación final. Dice Andreasen:

“¿Llegará alguien alguna vez a alcanzar la perfección que Pablo dijo no haber alcanzado?... Nosotros así lo creemos. Léase la descripción de los 144,000 en Apocalipsis 14:4,5...” (Véase además *“El Santuario y su Servicio”*, también por Andreasen, en el capítulo *“La Generación Final”*).

R. A. Anderson parece seguir los pasos de Jaime White, Brunson y Andreasen cuando escribe su libro, *“Unfolding the Revelation”* en 1946 (que todavía puede comprarse en las agencias de libros de la iglesia):

“La expresión ‘primicias’ se refiere a la calidad. De entre todos los redimidos de la tierra, ellos (los 144,000) son los primeros en calidad. Los que salgan del sepulcro en la segunda venida de Cristo serán resucitados en un estado de perfección mediante el poder de creación. Y los que vivan para el tiempo de su venida habrán crecido hasta la perfección mediante la gracia y el poder del Espíritu que mora dentro de ellos.” — página 149.

Una de las publicaciones denominacionales de mayor autoridad, que sostenía el perfeccionismo, fue *“Our Firm Foundation”*, un informe publicado de la Conferencia Bíblica por la Conferencia General de 1952. No citaré aquí sus numerosas declaraciones perfeccionistas, pero dirijo el lector a dos presentaciones dadas en la Conferencia — una por T. H. Jamison, titulada *“Los compañeros del Cordero,”* y la otra, por W. H. Branson, bajo el nombre *“El Señor Justicia Nuestra.”* La presentación del Pastor Branson dominó en la Conferencia. Su sección sobre justicia impartida es muy explícita. Presentó ante los delegados el reto de duplicar la humanidad impecable de Jesús por medio de la justicia impartida. (Véase *“Our Firm Foundation”*, Vol. 2, págs. 594, 595, 589, 600, 601, 607).

Luego, si alguien quiere una referencia de algo realmente contemporáneo, debe leer el libro del Pastor Gordon Collier

“God’s Eternal Purpose in the Great Controversy.” Esta presentación, para decir lo menos, es una presentación muy elaborada del antiguo perfeccionismo Adventista del Séptimo Día. Por cierto, este libro no fue publicado por la denominación; pero el hermano Collier es un ministro denominacional y, como reclama en su libro, está recibiendo amplio sostén de parte de la dirección de la iglesia para su publicación.

Años atrás, en la década de 1950-60, llegué a la firme convicción de que esta perspectiva general de alcanzar la perfección era imposible y vana, fuese que uno mirase a ciertas declaraciones de la inspiración, o a la historia o a la experiencia. Debido a esta doctrina, que se enseñaba cuando yo asistía al colegio en 1955, muy pocas de las personas que yo interrogaba tenían una esperanza real de estar listos para pasar el escrutinio del cercano juicio de los vivos. No es una exageración decir que la mayoría de esta gente vivía con verdadero miedo y pavor al juicio, no teniendo forma alguna de prepararse para este evento excepto “tratando más fervientemente, con la gracia de Dios” y esperar que tal juicio no viniera tan pronto.

La idea de venir al juicio todavía con la necesidad de misericordia o, muy especialmente, de que hombres arrepentidos, y todavía pecadores, pudiesen entrar confiada y alegremente, por la fe, al juicio en la Justicia de un sustituto, era un pensamiento nuevo para muchos. Más que ésto, eran las más dulces y gozosas nuevas que muchos hubiesen oído. Ni el tiempo ni las circunstancias, ni las limitaciones de conclusiones erróneas, pueden borrar la memoria de almas que sollozaban de gran gozo a causa de la simple revelación de que Cristo es nuestra justicia en el juicio; que este juicio es **para** nosotros; que la puerta está abierta, y que, mirando a Cristo, podemos decir, “... todo está prevenido; venid a las bodas.”

Por lo tanto, nosotros rechazamos totalmente cualquier perfeccionismo aquí y ahora. Entendimos claramente que esto era imposible dentro del tiempo de la vida probatoria del creyente, excepto en Cristo Jesús (véase *“Testimonies”*, Vol. 4, pág. 367). A muchos les pareció que estábamos negando el poder del Evangelio de **hacernos** perfectos ahora y, en las palabras de un crítico, algunos hablaron en forma burlona de nuestra vana esperanza de entrar al juicio “en el bolsillo de la rectitud personal de Cristo.”

Con todo, en aquel tiempo, no rechazamos, ni podíamos rechazar, la idea hereditaria adventista de ser impecables a fin de poder vivir sin la mediación de Cristo después del cierre del

tiempo de gracia. En lo que a nosotros concernía, esta idea todavía seguía siendo “Adventismo fundamental.” Concluimos luego, que esta experiencia final “inalcanzable” sería un regalo de misericordia gratuita de nuestro Juez, es decir, que la obra sería llevada a cabo en el pueblo de Dios mediante la “expiación final” y la lluvia tardía.

Aquí era donde descansaba la paradoja de la enseñanza del Despertar. Para algunos era peligrosa porque era anti-perfeccionista. Para otros era peligrosa porque era perfeccionista.

Durante los primeros años, la mayoría de los que se opusieron al Despertar lo hicieron así porque argumentaban a favor del perfeccionismo en el tiempo de gracia. Nos acusaron de posponer esta perfección hasta un evento escatológico. Pero ellos argüían desde la plataforma de la teología **santificacionista** y **pietista**, y sus argumentos no daban una buena batalla.

El Dr. Edward Heppenstall, profesor de Biblia en varios colegios y universidades Adventistas, fue el primero en tomar un nuevo curso de ataque en forma clara y decidida. Dijo que la expectativa del Despertar era incorrecta porque el pueblo de Dios no experimentaría una condición de impecabilidad previa a la segunda venida de Cristo. Para nosotros, ésto parecía como vaciar la doctrina del juicio de gran parte del significado que contenía para los santos vivos. Más aún, decíamos: Sólo un hombre impecable podría vivir sin la mediación de Cristo en el Santuario Celestial. (Véase *Mensajes Selectos*, Vol. I, pág. 404, especialmente). Este parecía ser nuestro más poderoso argumento.

Será una sorpresa para algunos, para otros un verdadero golpe, que ahora yo declaro, en el lenguaje más llano posible: el Dr. Heppenstall estaba correcto en este punto. Sin embargo, no llegamos a esta conclusión leyendo sus presentaciones, sino mediante (1) un estudio detallado de los argumentos del conflicto Católico-Reforma y su importancia con relación al mensaje adventista; y (2) mediante un re-estudio de la justificación por la fe como se presenta en el Nuevo Testamento.

Antes de que ustedes, mis amigos, se apresuren a defender sus ideas con argumentos que han sido los míos, permítanme hacerles esta súplica:

1. Si usted conoce los argumentos en favor de una perfección impecable antes de la Segunda Venida de

Cristo, trate entonces de examinar objetivamente alguna evidencia contraria a esto.

2. No es tarea fácil cambiar una posición cuando está hondamente arraigada. De hecho, es generalmente imposible a menos que esa posición sea reemplazada por algo mejor. Yo intento presentar la evidencia de algo mejor.
3. Es más difícil aún ser objetivos cuando hemos estado personalmente tan envueltos. En esta vida podemos vindicarnos a nosotros mismos o podemos vindicar la verdad, pero no podemos hacer ambas cosas a la vez. Que Dios nos dé una mentalidad que esté dispuesta a cambiar el error por la verdad, a razón de noventa millas por hora.
4. No he escrito otra cosa con más cuidadosa deliberación. No voy a tirar al bebé por la ventana junto con el agua sucia. La verdad es de origen puramente celestial. Necesitamos purgarnos de cualquier cosa de origen humano.
5. Admito que los pioneros (con la excepción de la señora White) eran perfeccionistas, y que ellos tuvieron dificultad en aceptar el punto de vista de llegar a ser impecables en la segunda venida de Cristo. Pero recuerden que algunos de los pioneros también tuvieron dificultades en aceptar verdades tan fundamentales como la Trinidad, la completa divinidad de Cristo, una expiación completa en la cruz, al igual que la justificación por la fe sola en 1888. Debemos distinguir entre pilares de la fe y errores humanos. Algunos de los “conservadores” pensaron que el mensaje de 1888 estaba demoliendo los pilares del Adventismo. Es sorprendente concebir que tales hombres pensarán que algunos de sus errores acariciados y hereditarios eran preciosos pilares de la fe. Si tales errores marcaron la vida de aquellos gigantes espirituales, nosotros, langostas, no debemos tardar en confesar, “yo no soy mejor que mis padres.”

Habiendo dicho estas cosas, procederé con *Un Análisis del Mensaje del Despertar*.

¿TUVO PABLO EL EVANGELIO COMPLETO?

Los tipos antiguos pueden proveer al lector con iluminación e ilustración, pero cada fase importante del Evangelio necesita quedar establecida mediante el testimonio llano del Nuevo Testamento.

Pablo es el más grande maestro-teólogo de Cristo (*La Educación*, pág. 48). El Señor escogió otros hombres para ser testigos de los eventos históricos de su ministerio en la tierra, pero Pablo fue especialmente escogido como apóstol de las naciones. El no fue testigo del ministerio de Cristo en la tierra, pero Dios lo escogió para enseñarnos el significado de la encarnación, vida, muerte, resurrección y ascensión de Cristo a los cielos.

No fue tan solo el Evangelio puesto al cuidado de Pablo,¹ sino que se le encomendó a él la **revelación total** del Evangelio para todas las naciones. Le declaró a los Romanos: “En poder de señales y prodigios, y en poder del Espíritu Santo... he anunciado en su plenitud el Evangelio de Cristo.” (Rom. 15:19; Versión Latinoamericana).

Las principales herejías con las que Pablo tuvo que tratar (como las de Galacia, Corinto y Colosas) surgieron debido a que las iglesias no comprendieron que el mensaje de Pablo era el Evangelio **completo**. No consideraron que estaban rechazando lo que Pablo les trajo; sencillamente se veían a sí mismos como quienes superaban la etapa del mensaje de “iniciación” que Pablo predicaba. Los gálatas aspiraban a alcanzar la perfección por medios superiores a los que les habían iniciado en el cristianismo (Gál. 3:1-3). Los Colosenses trataron de recibir la **plenitud** del Espíritu; la cual ellos suponían que no les era ofrecida en el mensaje del gran apóstol. Y los Corintios presumieron que el Evangelio de Pablo los dejaba deficientes de los dones espirituales.

1. Rom. 16:25,26; Col. 1:25-29; Efe. 3:1-8; Gál. 1:12; 1 Cor. 3:10; 2 Tim. 2:8; Tito 1:3; 2 Cor. 12:1-5, 12; 1 Tim. 1:11.

Pablo no estimó estos aditivos o esfuerzos por **seguir más allá** como innovaciones inofensivas. El les había traído el Evangelio completo. Cualquier otra cosa era “otro Evangelio” y “otro Jesús” (Gál. 1:6; 2 Cor. 11:4). Cualquier cosa que ofrezca más que el Evangelio completo, como fue predicado por Pablo, es un aditivo humano.

Los pastores R. J. Wieland y D. K. Short han dicho:

“...el mensaje de 1888 no era ni una reafirmación de las doctrinas de Lutero y de Wesley, ni un mero re-énfasis de la enseñanza de los pioneros adventistas; sino más bien el concepto más maduro del ‘Evangelio eterno’ que jamás haya sido captado previamente por cualquier generación de seres humanos; una predicación de ‘justicia por la fe’ más madura y desarrollada, y más práctica aún, que la predicada por el apóstol Pablo” — “A Warning and Its Reception”, pág. 50.

Esta es una declaración asombrosa. Pocos de nosotros seríamos tan osados como para decir, al estilo de Wieland y Short, que el mensaje de 1888 superaba al de Pablo, pero a menudo ha prevalecido la idea de que el mensaje Adventista debe contener algo más que lo que fue predicado por el gran apóstol. Debemos recordar que los Gálatas, los Colosenses y los Corintios pensaron en la misma forma. Por supuesto, si el mensaje de los últimos días ha de superar al que Pablo ofreció, podríamos esperar realmente que tal mensaje sea verificable en los escritos del más grande escritor del Nuevo Testamento. Y de no poder verificarse por el mayor escritor del Nuevo Testamento, entonces ciertamente tampoco por los más pequeños.

Pero preguntémosnos a nosotros mismos, ¿es el mensaje adventista, traído a colación en Apocalipsis 14, una **innovación** o una **restauración**? Este mensaje responde a la profecía de Daniel 8:14, que declara que el santuario de la verdad quedará **restaurado** a su justo lugar. Malaquías habló de la misión del mensaje del tercer ángel cuando profetizó que Dios enviaría a “Elías el profeta, antes que venga el día de Jehová grande y terrible.” Mal. 4:5. Su misión es la de **restaurar** todas las cosas. (Mat. 17:11).

Por lo tanto, este **análisis** comienza definitivamente con la premisa de que Dios le dio al apóstol Pablo una revelación completa del Evangelio. La fe que él le entregó a los Romanos, a los Tesalonicenses, a los Colosenses y a los Corintios era suficiente para equiparlos para la muerte, el juicio y la venida de Cristo. La tragedia fue que la iglesia primitiva no creía

realmente que Pablo les había dado “la historia completa.” Mientras tuvieran al mensaje de Pablo como un **mero** mensaje sufrirían la pasión por **algo más**. Solamente tuvieron éxito en manufacturar otro camino, hasta que el templo de la verdad se llenó desordenadamente de inventos y aberraciones humanas.

EL MENSAJE DEL APOSTOL PABLO

El libro de Romanos es la joya doctrinal del Nuevo Testamento. Aquí el gran apóstol expresa, en la forma más detallada, el Evangelio encomendado a su cuidado. Viéndose imposibilitado de visitar a la iglesia de Roma, se propuso escribir el Evangelio en su totalidad. Y en caso de que se escurriera en la mente de alguno la sospecha de que a este mensaje le faltaba algún ingrediente o característica importante, Pablo cierra su presentación diciendo: “...he anunciado en su plenitud el Evangelio de Cristo.” (Romanos 15:19, Versión Latinoamericana)

El mensaje de la epístola de Romanos es la **justificación** (la aceptación y permanencia en ella) de hombres pecaminosos a la vista de Dios. Antes de mostrar cómo es que puede alcanzarse esto, el apóstol demuestra cómo es que esto no se puede alcanzar. El dice: “porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él.” (Rom. 3:20)

A menos que leamos cuidadosamente las palabras de Pablo, su misma familiaridad camuflageará su verdad devastadora. El no está hablándonos solamente acerca del acto de **llegar a ser** justificados. No es muy difícil conseguir que la gente reconozca que deben mirar más allá de su propia experiencia para iniciarse como cristianos. Pero Pablo habla acerca de **estar** justificados — esto es, no solamente **llegar a ser**, sino muy especialmente **permanecer** justos a la vista de Dios. Por lo tanto, lo que Pablo quiere decir es esto: Que ningún hombre será considerado jamás como justo sobre la base de su comportamiento. La vida de ningún hombre será jamás lo suficientemente buena como para satisfacer a la justicia infinita. Permítasele al hombre escalar por siempre las vertiginosas alturas de la santificación, y la ley todavía le dirá: “Aún no eres lo suficientemente bueno.” Las buenas obras y la vida santificada son importantes. Estas tienen su lugar. Pero en el asunto de nosotros permanecer como justos a la vista de Dios,

no tienen lugar. Ninguna vida humana mortal, esté como esté de santificada por el Espíritu de Dios, llegará a satisfacer alguna vez la ley. Romanos 3:20 seguirá siendo verdad presente durante el tiempo de angustia.

Permítasele al hombre finito despertar de su sueño y comprender que tiene que arreglar sus asuntos con la Majestad Eterna, delante de quien la brillantez de las estrellas queda opacada (Job 3:9); cuya justicia ni aún los ángeles pueden soportar (Job 4:18); ante cuya pureza todas las cosas están manchadas (Job 25:5); y el mismo se arrojará a la tierra y confesará: “Por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado.” Después de esto, el apóstol añade: “Por cuanto todos pecaron, y están destituido de la gloria de Dios.” Rom. 3:23. Aquí tenemos dos tiempos verbales — “pecaron” y “están destituido ” (presente continuo). Literalmente el texto lee de la siguiente manera: “Todos han pecado, y (todos) continúan destituidos de la gloria de Dios.” Pablo significa exactamente lo que dice. **Todos** se mantienen por debajo del ideal divino.

“Ciertamente, no hay hombre justo en la tierra que haga bien y nunca peque.” Eclesiastés 7:20.

Como dijo Juan Calvino:

“Porque si las estrellas, que mientras es de noche parecen tan claras y resplandecientes, pierden toda su luz al salir el sol, ¿qué sucederá con la inocencia más perfecta que podamos concebir en el hombre, cuando haya de compararse con la inmaculada pureza de Dios? *Institución de la Religión Cristiana*, Vol. I, pág. 584.

Romanos 3:20 y 23 es verdad y siempre será verdad para todos los hombres durante esta vida. No hay necesidad (como probaremos más adelante) de ponerle connotaciones especiales al texto cuando nos referimos al tiempo de angustia.

EL MODO DE DIOS JUSTIFICAR AL PECADOR

El estilo de Dios justificar al pecador es por gracia, por sangre y por fe (Rom. 3:24, 25). La justificación es la obra de la Santísima Trinidad. Dios da Su gracia, el Hijo derramó Su sangre, y el

Espíritu Santo da al pecador fe en Jesús.

Echemos una mirada a estos tres aspectos de la justificación:

I. Por Gracia

“Siendo justificados gratuitamente por Su gracia...” Rom. 3:24.

La palabra “gracia”, en este contexto paulino, quiere decir sencillamente la actitud misericordiosa y favorable de Dios hacia hombres pecaminosos e indignos. Pablo está hablando de una cualidad en el corazón de Dios y no (como enseñan los católicos) de una cualidad en el corazón del hombre. Pablo hace esto claro al decir que somos “justificados **gratuitamente** por su gracia.” La palabra “**gratuitamente**” significa “sin causa” (Juan 15:25). Ninguna cantidad de creencia, obediencia, arrepentimiento, o edificación del carácter induce a Dios a considerar al hombre como justo ante *Su presencia*. Dios extiende su favor inmerecido independientemente de cualquier cualidad que se encuentre en el pecador. Nosotros nunca podremos hacer algo, o llegar a ser algo, que induzca a Dios a justificarnos. Su infinita misericordia se extiende para aceptarnos a pesar de nuestra condición inaceptable.

Además, es importante notar que Pablo no está solamente hablando acerca de **llegar a estar** justificado en el comienzo de la vida cristiana. El usa el verbo en un tiempo de presente continuo — “siendo justificados.” Esto significa que nosotros nunca podremos relegar al pasado la justificación por gracia. Jamás podremos permanecer en el favor de Dios a menos que sea por pura misericordia. Vinimos a ser justos sólo en el misericordioso reconocimiento de Dios y permanecemos justos solamente allá. La gracia nos halla pecadores, y permanecemos justificados sólo mientras permanezcamos pecadores en nuestra propia vista. Si alguna vez (incluyendo el tiempo de angustia) pudiéramos pararnos como aceptables delante de Dios debido a nuestra obediencia o excelencia moral, no sería ya más justificación por gracia, sino justificación por las buenas obras.

Aquí debemos detenernos para distinguir claramente entre Cristo y el creyente. En el asunto de la justificación nunca debemos tratar de establecer un paralelo entre Cristo y el pecador. Escrito está del Salvador: “Dios ha sido manifestado en carne; ha sido justificado con el Espíritu.” I Tim. 3:16. Cristo estaba tan lleno del Espíritu, aún con toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. 2:9), que era realmente justo

delante de Dios en su propia Persona. En él habitaba toda la plenitud de la perfección divina; una vida infinita que se igualaba con las más amplias demandas de una ley infinita. Dios podía mirarlo directamente y decir: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo contentamiento.” Jesús era justo, aceptable y agradable a Dios en su propia Persona. Esto nunca puede decirse de nosotros en esta vida. Nosotros podemos ser agradables a Dios porque Otro es agradable. Vivimos bajo el pacto de la gracia. Cristo vivió bajo el antiguo pacto de obedecer y vivir. (Gál. 4:4,5).

En esta vida podremos permanecer justificados solamente por gracia (es decir, por el misericordioso reconocimiento de Dios) y nunca por el Espíritu, porque en esta vida sólo tenemos las “primicias” o “el anticipo” (“las arras”) del Espíritu de Dios (Rom. 8:23; Efe. 1:14). No se nos olvide jamás que esta gracia justificante significa favor mostrado hacia pecadores indignos (véase *Mensajes selectos*, Tomo I, págs. 389, 390). Si perdemos alguna vez la conciencia de ser seres pecaminosos e indignos, no podremos calificar más para ser justificados por gracia. Cuando Jesús venga en las nubes de los cielos, los santos glorificados necesitarán aún su gracia. Estos palidecen entonces delante de su gloria y exclaman en el terror y sentido de su propia insuficiencia: “¿Quién podrá estar firme?” Y entonces, el Salvador proclamará el Evangelio: “Básteos mi gracia.” (Véase *El Conflicto de los Siglos*, pág. 699). En vista de esto, Pedro nos exhorta de la siguiente manera: “Esperad perfectamente en la gracia que os es presentada cuando Jesucristo os es manifestado.” I Ped. 1:13.

Por lo tanto, sometamonos gozosamente a las palabras del apóstol: “Así también reine la gracia por la justicia **para vida eterna por Jesucristo** Señor nuestro.” Rom. 5:21. Debemos vivir bajo el reino de la gracia hasta que la vida eterna nos sea concedida como posesión actual en el regreso de nuestro Señor.

Si tan sólo entendiésemos y aceptásemos la enseñanza paulina de “**siendo** (permanecer) **justificados**” por gracia, ésto sería suficiente para deponer toda vana esperanza de perfeccionismo humano de este lado de la eternidad.

2. Por Sangre

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre...” Rom. 3:24,25.

“Luego mucho más ahora, justificados en su sangre...” Rom. 5:9.

La gracia es gratis, no la merecemos, nos es dada sin motivo de parte nuestra. No nos cuesta nada, pero a Dios le ha costado todo. “La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo” Juan 1:17. Sólo puede extenderse hacia nosotros a un costo infinito para el cielo, sólo por causa de la vida y la muerte del Señor Jesús.

La gente “buena” teme algunas veces la enseñanza de la gracia inmerecida, debido a que ven que hay almas que viven impíamente presumiéndose de la misericordia de Dios. Si los hombres tratan de aferrarse de la gracia aparte de las heridas de Jesús, tal cosa degeneraría en la transigencia. Pero no puede conducir a la transigencia tal cosa cuando el pecador ve que la gracia se extiende sólo a través del derramamiento de la sangre preciosa de Cristo.

El Hijo del Dios infinito vino a este mundo para ser nuestro Sustituto. En una palabra, vino para cumplir la ley en favor de todos los hombres (Gál. 4:4, 5). Primero presentó a la ley una vida que satisfizo sus más amplias demandas. ¿Comprendemos lo que esto significa? La ley es infinita. Aún la vida de un ángel no es de igual valor que la ley (“*Questions on Doctrine*”, pág. 677). Pero en la vida de Jesús se revela “un carácter infinitamente perfecto.” — “*That I May Know Him*, pág. 70. El “...se nos presentó como la personificación divina.” — *Joyas de los Testimonios*, Tomo 2, pág. 336. Había una excelencia de carácter en él que nunca ha sido hallada, ni podrá encontrarse en otro.” — “*SDA Bible Commentary*”, vol. 7, pág. 904. En él habitaba “toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col. 2:9) — la plenitud de la pureza infinita, la plenitud del amor infinito, la plenitud de la misericordia infinita, de la justicia, la verdad, la sabiduría, la paciencia y todo otro atributo divino. Esta, nuestra vida sustituta, era en un grado muy elevado, superior a la vida del Adán sin pecado, en un grado muy elevado, superior a la vida de cualquier ángel, porque era una vida de valor infinito. Nada menos que tal vida era la que podía afrontar las más amplias demandas de la ley en favor de la raza caída.

Pero eso no es todo. Se requirió más que la obediencia **activa** de Cristo para traernos la justificación ante Dios. Se requirió también su obediencia pasiva, su muerte en la cruz, para borrar nuestra deuda a la ley. Fue el Príncipe de Gloria el que colgó de la cruz para nuestra justificación. Sus sufrimientos eran nada menos que infinitos. Si hubiera sido únicamente la naturaleza humana la que sufrió, tales sufrimientos hubieran sido solo finitos. Pero los pecados del mundo entero fueron cargados

sobre el alma divina de Cristo. Todos los sufrimientos combinados de los santos mártires no comienzan a compararse con los sufrimientos de Jesús. Su humillación fue infinita. Su humillación no fue únicamente la humillación de un hombre, sino la humillación de un Dios (“*Questions on Doctrine*”, pág. 577). El se humilló más y más hasta que no hubo un lugar más bajo al que pudiera descender en su humillación. Ved aquí una vida de valor infinito cargando con humillación y dolor infinitos. Esto fue lo que se requirió para satisfacer la ley a fin de que nosotros pudiéramos ser justificados.

En vista de la cruz, ¿cómo podríamos siquiera soñar que cualquier otra cosa aparte de la vida y la muerte de Cristo puede confrontar las demandas de la ley de Dios? La justificación es **solus Christus** — por Cristo solamente. Ofrecerle a una ley infinita cualquier cosa menor que lo que Cristo ha hecho es, usando el fuerte lenguaje de Lutero, ofrecerle a Dios “paja y rastrojo podrido.”

‘¿Qué es la obediencia de todos los santos ángeles en comparación al Hijo de Dios entregado, y muy vergonzosamente, hasta la muerte de Cruz; hasta el punto que no quedó ni gota de su muy preciosa sangre, sino que fue derramada en su totalidad, y ésto, por vuestros pecados? Si vos sólo consideráseis correctamente este precio, deberíais tener como malditas todas estas ceremonias, votos, obras y méritos, lo mismo antes que después de la gracia, y en conjunto los arrojaríais todas al infierno.’ — Martín Lutero, *Comentario sobre Gálatas*, 2:20.

Permítasele a un hombre escalar las vertiginosas alturas del santo vivir, y todavía éste verá que su vida sola no puede cumplir jamás la ley de Dios. El hombre mortal puede mejor intentar escalar la más alta montaña y tratar de alcanzar la estrella más cercana, antes de igualar la justicia de la ley. Pero el Hijo de Dios descendió al infierno más profundo; y a pesar de esto, desde allí su santidad se remontó hasta alcanzar, más allá de la estrella más lejana, el trono del Eterno. “Consumado es” clamó él, y la justicia de la ley de Dios quedó totalmente satisfecha. Y es únicamente por su obediencia; por su cumplimiento de la ley a favor nuestro, que no sólo llegamos a ser justificados, sino que permanecemos justificados en la estima de Dios.

Si pensamos que mediante la justicia impartida (o infusa) lograremos cumplir la ley como Jesús lo hizo, estamos cegados por la ignorancia y la horrible blasfemia (véase *El Deseado de Todas Las Gentes*, pág. 433). Miremos al Calvario y veamos lo que se requirió para cumplir con toda justicia. ¿Pensamos que se nos ha llamado a igualar eso?

Son terribles las tinieblas que nos hacen pensar que la doctrina de Pablo, en cuanto a la justificación, pertenece sólo a la etapa de la iniciación cristiana. Este fue el error de los Gálatas. Ellos pensaron que el mensaje de Pablo era tan sólo cuestión de **llegar a ser** justificados en lugar de **permanecer** justificados. Así como llegamos a ser justificados por su sangre solamente, también permanecemos justificados solamente por su sangre. El Padre mira a nuestro Sustituto y Seguridad, el que llevará eternamente sobre sí mismo las marcas de su cruel sufrimiento, acepta a nuestro Sustituto, y nosotros somos aceptados sólo porque él es aceptado.

Pero uno dice: “Jesús no intercede con su sangre ante el Padre después del fin de gracia.” Cierto, pero ¿significa esto de que el pueblo de Dios permanece justificado sin la sangre? ¡No! ¡No! Ellos mismos como sacerdotes fieles del Señor, toman el incensario y presentan los méritos de la sangre de Cristo como su única justificación durante el tiempo de angustia.

“...deberán depender únicamente de los méritos de la expiación” — *Patriarcas y profetas*, pág. 201.

“...(ellos) invocarán las promesas de Dios mediante Cristo, promesas hechas a tales pecadores dependientes, indefensos y arrepentidos” — *“Story of Redemption”*, pág. 97.

De manera que, durante el tiempo de angustia el pueblo de Dios es totalmente justo y satisface enteramente a la ley **por gracia** (en la misericordiosa aceptación de Dios).y **por sangre** (en base a lo que Cristo ha hecho y sufrido).

3. Por Fe

“Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley” Rom. 3:28.

La fe no es auto-generable. Es un don del Espíritu Santo. A medida que el pecador escucha el Evangelio de lo que Dios hizo en Cristo, el Espíritu lo persuade de que es cierto. Entonces, en toda su indefensa indignidad se entrega a sí mismo a la misericordia de un compasivo Redentor, para confiar en ninguna otra cosa sino en la sangre que fue derramada para redimir su alma.

En el cuarto capítulo de Romanos, Pablo dice que la fe es **contada**, o **atribuida**, a justicia. O, usando otro sinónimo, Dios **imputa** al pecador creyente la justicia de Jesús que es la justicia misma de Dios (Rom. 3:21,22).

La palabra **imputar** significa atribuir o poner algo a la cuenta de uno. La doctrina de Pablo es que se nos declara justos teniendo la justicia de Cristo puesta a nuestra cuenta. Esto significa que llegamos a ser justificados, y que permanecemos justificados en la apreciación de Dios mediante una justicia **forense** o **ajena**. Como decía Juan Bunyan, es una justicia que **reside** y **permanece con** la Persona de Cristo. Nosotros nunca podremos ser justificados delante de Dios por medio de una justicia impartida. Es un hecho que la justicia se imparte por el Espíritu, pero en esta vida tenemos solamente las “primicias” o las “arras” del Espíritu — que es igual que decir un anticipo de la justicia (Rom. 8:23). Nuestro tesoro completo está en el cielo, en Cristo; y es por eso únicamente que nosotros podemos permanecer justificados a la vista de Dios.

¿Cómo somos justificados? La contestación de Pablo es sencilla: La fe es “contada por justicia”, Rom. 4:5. La obediencia, el amor y el santo vivir nunca se cuentan por justicia; sólo la fe. En esta vida, el pueblo de Dios es justo delante de Dios (justificado) por la fe sola — no por la regeneración, el amor o la santificación. La vida cristiana comienza en fe y termina en fe, y entre tanto, el justo vivirá por la fe (Rom. 1:17). Los creyentes son justos delante de Dios sólo mientras tengan la fe de que Jesús mismo es su justicia y mantengan una conexión vital con él. En él, y solamente en él, es que existe una justicia con la que la ley está bien satisfecha. La fe presenta a Dios la obediencia de Jesucristo, y únicamente por esto es que podemos permanecer en el favor de Dios (*Mensajes Selectos*, Tomo 1, pág. 456).

La idea de que podremos presentarnos alguna vez ante la presencia de Dios por causa de la recepción del Espíritu, o por el amor que sea puesto en nuestros corazones, o por cierta cantidad de obediencia, es sólo tinieblas romanas. Es la doctrina del anticristo que trata de usar de la gracia de Jesús para robarle Su gloria. Debemos reafirmar en contra de esto el Evangelio presentado por el apóstol Pablo.

En esta vida podemos mantenernos como justos a la vista de Dios sólo por gracia (la misericordiosa aceptación por parte de Dios), solo por sangre (la vida y la muerte de Cristo) y sólo por fe en una justicia que está completamente afuera, por encima y más allá de nosotros.

LISTOS PARA EL DIA DE DIOS

Algunas veces ha prevalecido la idea de que el mensaje de Pablo era justamente lo necesario para preparar a los hombres para morir en el Señor, pero que se necesitaba algún nuevo elemento para preparar a la gente para estar en pie en el gran día de Dios. Sin embargo, veremos, sin la más mínima sombra de duda, que el mensaje de Pablo acerca de la justificación era la sola y única vía por la cual el pueblo de Dios podía mantenerse en pie en el día de Dios.

“Justificados pues por la fe”, dice el apóstol, “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.” Y otra vez: “...justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.” Rom. 5:1, 2, 9.

La ira de Dios está contenida en las siete plagas postreras. La justificación es la protección para el día de la ira (véase *Mensajes Selectos*, tomo I, pág. 426). Siendo justificados, el pueblo de Dios tiene toda razón posible para regocijarse en la perspectiva del día venidero.

En Romanos 8:30 el apóstol dice: “...a los que justificó, a estos también glorificó.” La justificación significa que el pueblo de Dios está listo para la glorificación. Por ésto es que Elena G. de White podía decir: “Si usted está bien con Dios hoy, usted está listo si Cristo viniera hoy.” — *In Heavenly Places*, pág. 227. Pablo concluye a Romanos 8 con un grito de santo triunfo. El declara que siendo justificados por la gracia de Dios en Cristo, estamos listos para la vida, la muerte, el juicio, el día de la ira; o en pocas palabras, para todas las cosas presentes y todas las cosas por venir. Tal es la entera suficiencia de la justificación de Dios.

El énfasis persistente de Pablo a través de toda la epístola es que la iglesia puede estar lista y esperar la venida de Cristo por fe en su obra terminada. A los Corintios que pensaban que, a fin de conseguir la aprobación de Dios en el día final, era necesario avanzar desde el mensaje de Pablo hasta otros éxtasis espirituales más elevados, el apóstol les escribió en palabras de gran claridad:

“Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os es dada en Cristo Jesús; que en todas las cosas sois enriquecidos en él, en toda lengua y en toda ciencia; así como el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros; de tal manera que nada os falte en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo: El cual también os

confirmará hasta el fin, para que séais sin falta en el día de nuestro Señor Jesucristo.” I Cor. 1:4-8.

Nótese: La gracia dada a los Corintios a través del mensaje de Pablo los dejaba listos para la venida de Cristo. No les faltaba don alguno, porque en Cristo estaban enriquecidos en todo.

A los tesalonicenses Pablo les recordó cómo ellos se habían convertido “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su Hijo de los cielos.” I Tes. 1:9, 10. Y cierra su carta diciendo, “que vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” I Tes. 5:23.

De ningún modo, en este contexto, Pablo insta a que la iglesia avance hasta llegar a ser irreprochable en mente, alma y cuerpo. El rogaba que Dios la preservara en su condición irreprochable. Quiere decir que mediante la fe en Cristo, ellos ya eran irreprochables. Cristo murió en la cruz para “presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de él: si perseveráis firmemente fundados y estables en la fe...” Col. 1: 22,23; (Nácar Colunga). “Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta.” Heb. 13:12. “...somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez.” Heb. 10:10. Por la fe en la sangre de Jesús, el pueblo de Dios se mantiene en su presencia como totalmente santificado, momento tras momento. Y más que eso: „Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” Heb. 10:14. Sólo por fe en esta obra consumada de Cristo puede el pueblo de Dios esperar en confianza y regocijo el gran día de Dios. Siendo justificado por la fe, el creyente está listo. El énfasis de Pablo es el de permanecer listo y no el de llegar a estar listo. También Jesús dijo, “Estad listos.” Nadie puede mirar alguna vez a sus logros espirituales y confiar de que está listo. Pero el Señor dice, “todo está prevenido.” Mat. 22:4. La fe une al alma con Cristo de tal manera que delante de Dios está tan lista como Cristo mismo.

Por supuesto que el creyente debe continuar en la fe, si es que quiere permanecer irreprochable a la vista de Dios. Esta fe debe ser confirmada por la obediencia, purificada por las pruebas y fortalecida por una firme perseverancia. A menos que alguien sea tan confiado como para decir que la justicia de Dios no es suficiente (Romanos 3:21,22), todo creyente tiene suficiente justicia para el día de Dios. La lucha no es por conseguir suficiente justicia para el día de Dios, sino por mantener nuestra fe en Aquel quien es nuestra Justicia.

LA NATURALEZA DEL HOMBRE CRISTIANO

Habiendo tratado con los principios de la justificación por gracia, por sangre y por fe en Romanos 3, 4 y 5, el apóstol procede a describir la naturaleza del hombre cristiano en los capítulos 6, 7 y 8. El hecho de que el creyente justificado reciba el Espíritu en su vida, y con el Espíritu amor, gozo y paz (Rom. 5:1-5), no significa que la nueva vida es algo apartado del conflicto con el mal interno y externo. Paz no quiere decir ausencia de conflicto. Quiere decir paz en medio de la guerra (“...nos gloriamos en las tribulaciones...”; véase Rom. 5:1-5). Pablo procede a mostrar la fuente real de las tribulaciones. El peor enemigo del hombre habita en su propia casa. (Lo tiene que afeitar todas las mañanas.) Es él mismo.

Mientras que el incrédulo tiene una sola naturaleza, a la que se le llama “carne”, el cristiano tiene dos naturalezas: la “carne” y el “espíritu”. La conversión no es la última clarinada de victoria, sino el primer toque de trompeta llamando a un conflicto de toda la vida.

“Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagais lo que quisiereis.”
Gál. 5:17.

Es importante que entendamos lo que Pablo quiere decir por “carne”. El no quiere decir exclusivamente los órganos corporales. Como señala Lutero (y acepta todo buen teólogo), “carne” en este contexto paulino significa el hombre completo en su estado natural. Jesús dijo, “Lo que es nacido de la carne, carne es.” Juan 3:6. Cualquier cosa que no es del, y por el, Espíritu de Dios es “carne”. Por tal razón, a la mente carnal se la llama “carne” (Rom. 8:7,8). Otros traductores rinden la palabra como “naturaleza pecaminosa” o “naturaleza del mal” (véase *Patriarcas y profetas*, pág. 390). Desde Romanos 6 hasta el 8, Pablo recurre a una gran variedad de expresiones para describir esta naturaleza malvada:

viejo hombre	Rom. 6:6
cuerpo del pecado	Rom. 6:6
carnal	Rom. 7:14
carne	Rom. 7:18

miembros	Rom. 7:23
cuerpo de esta muerte	Rom. 7:24
carne	Rom. 8:1
carne de pecado	Rom. 8:5
carne	Rom. 8:7
carne	Rom. 8:12, 13

A esta carne se la llama “carne de pecado”; y a este cuerpo se lo llama “cuerpo de pecado” y a este hombre se lo llama “viejo hombre.” Aquí mora el pecado, y ninguna cosa buena (Rom. 7:18). Esta naturaleza es malvada y siempre será malvada. Permanece mala aún cuando el pecador es convertido. Y es igualmente mala al final de su peregrinaje cristiano como al principio.

No debemos interpretar a Pablo en el estilo, o según el pensamiento dualista griego. Los griegos pensaron siempre del hombre en términos dualistas; como cuerpo y alma. Pensaban que estas dos eran entidades distintas y separadas. Más, no así con los hebreos. Estos siempre pensaron del hombre como es en verdad: la unidad del cuerpo y el alma; es decir, el cuerpo es el hombre visible, y el alma, el ser viviente completo. Pablo piensa y habla en términos bíblicos.

Por lo tanto, si surge la pregunta de si el cristiano es un santo o un pecador, la única contestación apropiada es la famosa fórmula de Lutero — **simul justus et peccator** (justo y pecador a la misma vez). Los santos profetas y apóstoles siempre confesaron la pecaminosidad de su naturaleza (*Hechos de los apóstoles*, pág. 448), y al mismo tiempo eran siervos obedientes de Dios.

Entre la carne y el espíritu siempre existe un conflicto implacable. En medio de este conflicto es que se forma el carácter. El creyente siente las provocaciones del pecado en su propia carne, pero, con la ayuda del Espíritu de Dios, obedece la orden: “no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal.” Rom. 6:12. Con todo, como sombra maligna, siempre lleva consigo el mal. “Así que, queriendo yo hacer el bien”, clama él, “el mal está en mí.” Rom. 7:21. En vista de la santidad de Cristo, sus mismas obras (es decir, las de Pablo) estaban manchadas con la pecaminosidad humana. Haciendo alusión a Romanos 7:22, Elena G. de White comenta: “...el que busca verdaderamente la santidad de vida y de corazón se deleita en la ley de Dios, y se lamenta únicamente de quedarse muy por debajo de alcanzar sus requerimientos”, *“Sanctified life”*, pág. 81.

Esto fue lo que provocó la exclamación del apóstol: “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librá del cuerpo de

esta muerte?” Rom. 7:24. Por la fe en lo que Dios ha hecho en Cristo, el creyente puede conocer que es libre en la misericordiosa consideración de Dios, pero no libre del penoso conflicto y de la lucha con la carne hasta que termine esta vida. En el próximo capítulo, Pablo dice: “nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo.” Rom. 8:23.

Por esto es que Pablo no reclamó poseer la perfección en sí mismo. La consideraba suya por la fe en Cristo, pero no por una realidad palpable. En Filipenses declaró sencillamente que esperaba alcanzar el estado de la perfección en el día final: “Si en alguna manera llegase a la resurrección de los muertos. No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto...” Fil. 3:11, 12. Claramente Pablo usa “la resurrección de los muertos” y “perfecto” para significar el mismo evento.

Esto está en armonía con lo que enseña en Hebreos. En este libro se enseñan ambas cosas; una perfección presente, y una futura. La perfección posible del presente es por la fe en la sangre de la cruz (Heb. 10:14). Mediante la fe en la obra consumada de Cristo los pecados pueden ser perfectamente perdonados, la conciencia limpiada de toda condenación. Podemos erguirnos completos, limpiados y perfectos en la sangre de Jesús. Pero el libro de Hebreos no enseña un perfeccionismo de aquí y ahora por la obra del Espíritu en nosotros. Los dignos murieron en la fe sin haber alcanzado esta perfección. “... (ellos) no recibieron la promesa”, “...para que sólo en compañía con nosotros alcanzasen su perfección.” Heb. 11:39, 40; N.E.B., Versión Inglesa.

Así es que los hijos de Dios alcanzarán juntos la promesa final.

LA TENSION ENTRE LA FE Y LA ESPERANZA

Los dos puntos focales de la historia cristiana son el primer y el segundo advenimientos de Jesucristo. La fe mira hacia el pasado, a la cruz y recibe la bendición de la justificación. La esperanza mira hacia el futuro, a la venida de Jesús, al día de la redención final.

La verdad de la justicia por la fe da esperanza en la venida de Jesús. Un cristiano, como hemos visto, es justo a la vista de Dios solamente por la fe. Su justicia delante de Dios no está aquí en la tierra; está en el cielo. No la lleva en sí mismo, sino en Cristo.

Cristo es su justicia; Cristo es su vida (Jer. 23:6, Col. 3:4). Y debido a que tiene esa bendición sólo por la fe y no por vista, desea y espera el advenimiento de Jesús. Entonces, no será más justo por la fe, sino por una actualidad visible y palpable.

De esta manera, el pueblo de Dios es justo por la fe ahora. Sin embargo, espera por "...la esperanza de la justicia..." Gál. 5:1. Ahora son hijos de Dios mediante la fe; y sin embargo, esperan en esperanza por "la manifestación de los hijos de Dios." Rom. 8:19.

La fe pertenece al **ahora**. La esperanza pertenece al **aún no**. Juan declara: "ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser." Y si **aún no** se ha manifestado lo que hemos de ser, la pregunta urgente que surge es, ¿cuándo se manifestará lo que hemos de ser? Y la contestación es, "...**cuando él apareciere**, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es." Juan 3:2. Ahora somos justos por la fe. Entonces seremos justos por una realidad palpable y visible. Por la fe nos aferramos de ello **ahora**. Por la esperanza esperamos el **aún no**.

La fe y la esperanza deben preservarse en la tensión propia del Nuevo Testamento. No debemos confundir el **ahora** con el **aún no**. Y no debemos tratar de traer el **aún no** adentro del proceso histórico o destruiremos la teología de Pablo.

En las cartas de Pablo se dan dos razones específicas por las cuales la esperanza debe mirar hacia la venida de Cristo:

Primeramente, porque la naturaleza pecaminosa todavía permanece con los santos (Rom. 6-8). Con lágrimas y continua penitencia ellos deben confesar aún su pecaminosidad e invocar la misericordia de Dios. Por lo tanto, gimen dentro de sí mismos a medida que esperan por la redención del cuerpo del pecado (Rom. 8:23).

Y, **segundo**, los santos tienen en sí mismos sólo "las primicias del Espíritu", o como dice en Efesios 1:14, las "arras" o el anticipo de su salvación. Lejos de hacerles sentir que su vida está completa, el don del Espíritu de Dios los hace gemir por la culminación final de su vida, cuando Cristo venga y enrolle el pergamino del tiempo.

Es aquí donde radicaba una gran debilidad de nuestra enseñanza del Despertar. La esperanza del Nuevo Testamento siempre se dirige hacia la venida de Cristo, no hacia el juicio investigador ni hacia la lluvia tardía. El juicio tiene su lugar importante (como veremos más adelante), pero al tratar con este asunto de la justificación, debemos permitir que el énfasis descansa justamente donde el apóstol lo coloca (a menos que

pensemos saber más que Pablo).

Permítame ilustrarlo de esta manera: Los que ponen su esperanza en la inmortalidad del alma pierden el sentido de la resurrección, porque si el alma vive después de muerta, ya obtuvo todo lo que es significativo sin haber pasado por la resurrección. De igual manera, si el juicio y la lluvia tardía traen al pueblo de Dios la bendición consumada que muchos de nosotros esperábamos, la vida puede llegar a su culminación independientemente de la venida de Cristo. A la luz de la doctrina de Pablo, la idea parece tan necia como que una novia se vaya de luna de miel sin el novio. La vida no culmina dentro del proceso histórico, y nosotros estábamos tratando sencillamente de traer algunos aspectos del **aún no** adentro del proceso histórico.

Para ser francos con nosotros mismos, nunca pusimos demasiado énfasis en la venida de Jesús. Debemos admitir que no pusimos el énfasis donde Pablo lo pone, y esto por razones obvias. Tuvimos la tendencia de considerar el juicio venidero y la lluvia tardía como el clímax portentoso de la experiencia cristiana, a la vez que consideramos en cierta forma a la venida de Jesús como un apéndice. Ciertamente es que dijimos que él vendría y cambiaría el cuerpo; pero pensábamos que ya teníamos antes de su venida, como posesión actual todo lo que era realmente significativo.

Pero la verdad de la justificación por la fe restaura el excitante significado de la venida de Jesús. Nuestro mensaje debe ser, como dicen las frecuentemente repetidas palabras de Elena G. de White: "El mensaje de un Salvador crucificado, resucitado y pronto a venir."

Al decir estas cosas no vamos a perder de vista el mensaje del juicio. Sólo digo que si permitimos que el apóstol nos instruya en la fe y en la esperanza, pronto las veremos en el mensaje de la hora del juicio con nueva simplicidad y poder.

COMPRESION DE LA PERFECCION SEGUN EL CATOLICISMO Y SEGUN LA REFORMA

Mientras estudiaba la historia de algunas de estas doctrinas, descubrí con gran sorpresa que la doctrina del romanismo era

perfeccionista y la doctrina de los reformadores era anti-perfeccionista.

Históricamente, la doctrina Católico-romana luchó vigorosamente en favor de la “justificación por gracia.” Pero, siguiendo en las huellas de Agustín, concibieron a la gracia como si fuera una cualidad que Dios infunde en el alma humana. Por lo tanto, (y he aquí la sorprendente paradoja del romanismo), los teólogos católicos ponen su énfasis en la habitación “real” y “genuina” de la justicia de Cristo dentro del alma, y en seguir el ejemplo de Cristo. En este sistema se hace depender la aceptación del hombre para con Dios, y su permanencia en ella, de la gracia que Dios pone dentro de su corazón. De esta manera, la experiencia del hombre se constituye en el punto focal de la doctrina de la salvación, según la doctrina Católico-romana.

En términos sorprendentemente piadosos, esta doctrina católica exalta lo que la gracia es capaz de hacer en la vida de los hombres. Dice que la gracia conferida mediante el bautismo remueve del hombre el “pecado original”, y que, a través del progreso subsiguiente del hombre, en cooperación con la gracia santificante, quedará capacitado para hacer obras completamente aceptables a la vista de Dios. En este sistema de pensamiento, el católico aspira a llegar a ser más y más justo a la vista de Dios. Se dice que la gracia de Dios puede purificar la naturaleza del hombre hasta el grado de capacitarlo para alcanzar finalmente un estado de perfección **ontológica** — esto es, la perfección del ser humano, o de su naturaleza, en el sentido de que no exista más pecado en esa naturaleza.

Otro punto significativo que debemos observar es que los teólogos católicos siempre han interpretado al hombre de Romanos 7:14-25 como si éste fuera un hombre desprovisto de la gracia santificante en su corazón, es decir, como si Pablo estuviera hablando aquí de sus días de pre-conversión.

La doctrina de los reformadores respecto de la gracia y del pecado era totalmente diferente. En el pensamiento reformado, la gracia justificadora significaba simplemente la buena voluntad de Dios; su misericordia y favor hacia los hombres llenos de pecado. Los reformadores rechazaron terminantemente la idea de que el hombre llegase a ser justo a la vista de Dios mediante una infusión de la justicia de Cristo. Ellos recobraron la doctrina paulina de la justicia **imputada**. Proclamaron que el hombre es justificado delante de Dios por gracia (la aceptación misericordiosa de parte de Dios),

mediante la fe en una justicia “externa”, “extrínseca”, “ajena” o “remota” — a saber, la justicia propia y personal de Cristo; su vida y su muerte colocadas a la cuenta del pecador.

En tanto que la iglesia Católica establecía que “justificación” significaba “hacer a uno justo”, los reformadores decían que “justificación” quería decir “declarar o contar a uno como si fuera justo.” Los reformadores decían que el bautismo no removía el “pecado original” (el pecado de la naturaleza del hombre). La naturaleza del hombre permanece aún llena de pecado, aunque Dios no lo imputa más al creyente (rom. 4:8). En Cristo, el creyente se presenta delante de Dios totalmente justo; y en sí mismo, y en su propia estima, se conoce como totalmente pecador **simul justus et peccator**. La gracia de ningún modo, puede reformar, purificar o mejorar esa naturaleza pecaminosa. Los reformadores decían que en vez de intentar “domar la carne”, el creyente no “viviría más en la carne” sino en Cristo y “en el Espíritu” (véase Rom. 8:1-13).

C. H. Spurgeon resumió el punto de vista reformado cuando dijo:

“La idea de que todavía more en el regenerado los vicios de la carne, y que todavía permanezca en los corazones de los que han sido convertidos por la misericordia de Dios, el mal de la naturaleza carnal, es una doctrina sostenida por todos los ortodoxos... En el corazón del cristiano permanece una naturaleza que no puede hacer lo que es correcto mejor que lo que podía hacerlo antes de la regeneración; que es tan mala como lo era antes del nuevo nacimiento...”

“...a pesar de que nuestra naturaleza espiritual ha sido desarrollada en una medida mayor, y que ha crecido en la gracia, la vieja naturaleza ha perdido sólo muy poco de su energía” — *“The New Park Street Pulpit, (sermón sobre el “pecado interno”).*

Por lo tanto, los reformadores estaban de acuerdo en que el hombre de Romanos 7:14-25 era Pablo, el santo regenerado. Los reformadores decían que, aunque los creyentes hacen buenas obras mediante el poder del Espíritu Santo, debido a la resistencia y presencia de esa naturaleza malvada, ninguna de estas obras está libre de mancha de corrupción pecaminosa. Son aceptables a Dios únicamente “a través de Cristo Jesús” (I Ped. 2:5; Heb. 13:21). Esto es así, debido a que el mérito de su expiación hace que estas obras aparezcan aceptables ante Dios.

Los reformadores rechazaron totalmente la posición perfeccionista del romanismo. Decían ellos: en tanto que vive

pía, recta y sobriamente en este mundo presente, el creyente cumple la ley en su sentido absoluto sólo a través de la justicia imputada. La naturaleza pecaminosa permanece siempre en él y él sigue siendo justo a la vista de Dios sólo por la misericordiosa aceptación divina. Cuando algunas de las sectas radicales sacaron a relucir la idea de alcanzar cierta condición de impecabilidad humana, los reformadores no titubearon en catalogar esto como romanismo.

A pesar de esto, los reformadores creían en la “perfección cristiana.” En lugar de conceptuarla como una **perfección ontológica** (perfección del ser humano, o de la naturaleza humana), la conceptuaron como una **perfección relacional**. Esto significa que el creyente es perfecto, no en sí mismo, y ciertamente tampoco por su comportamiento, sino por virtud de su unión con Cristo, el Único que es todo Perfección y Justicia. Esta unión se forma por la fe y se mantiene por la fe, como dice Pablo: es “de fe en fe.” Es una unión tan íntima que “ambos serán una sola cosa.” Todo lo que Cristo es, todo cuanto Cristo tiene en perfección, le pertenece al creyente en unión con su Cabeza. Cristo y el creyente se identifican mutuamente de tal forma que el creyente no puede ser juzgado o considerado como una entidad aparte. Este aparece en la perfección y justicia de Aquél. Esto no es tratar con imposibilidades (véase *Mensajes selectos*, tomo 2, págs. 36, 37), sino con la perfección que está disponible gratuitamente y que poseen por la fe todos los que quieran ayuntarse con Cristo Jesús y quieran mantener ese lazo de unión a cualquier costo hasta que hayan terminado el curso de la vida.

Ahora bien, debido a la naturaleza misma del caso, la perfección tipo romana se centraliza en la experiencia propia del hombre. Si un hombre sostiene este ideal de perfección, su propia experiencia se constituye en el centro de su interés. Por lo tanto, cae inevitablemente en el foso del subjetivismo y experiencialismo religioso. Cristo queda, en esta forma, relegado a un mero medio de alcanzar un logro, y el mismo logro llega a ser el fin. La perfección tipo reformada se basa en lo que Cristo es para el creyente. En ella, Cristo mismo viene a ser el punto focal de interés. El llega a ser el Todo en todo — el Único que importa. El que adopta este ideal de la perfección, hace a Cristo y no a su experiencia — su fin.

“Todavía hay mucha verdad preciosa para ser revelada al pueblo en este tiempo de peligros y tinieblas, pero es el propósito determinado de Satanás impedir que los rayos de luz de la verdad penetren en el corazón de los hombres. . . .

“Una luz preciosa ha de resplandecer de la Palabra de Dios, y no se atreva nadie a decir qué cosa debe o qué cosa no debe ser expuesta al pueblo en los mensajes de iluminación que él envíe, apagando así es Espíritu de Dios. Cualquiera que sea su puesto de autoridad, nadie tiene derecho de impedir que la luz llegue al pueblo. **Cuando un mensaje viene en el nombre del Señor a su pueblo, nadie puede excusarse de investigar sus pretensiones.** Ninguno debe arriesgarse, quedándose atrás y asumiendo una actitud de indiferencia y confianza en sí mismo, diciendo: ‘Yo sé qué cosa es verdad. Estoy satisfecho con mi posición.’ ” *Consejos sobre la obra de la escuela sabática*, págs. 26, 29-30.

Investigue usted la Palabra de Dios con la ayuda de su propio suscripción a *LLAMADO AL SANTUARIO*.

CUPÓN DE PEDIDOS: Indique la cantidad que desea recibir, son gratis.

La Importancia de la Verdad del Santuario, EGW (folleto)

Llamado al Santuario:

Vol. 2, No. 3 — *La Doctrina Básica del Mensaje de Despertar**

Vol. 2, No. 4 — *La Obra Consumada en Cristo, etc.**

Vol. 3, No. 1 — *El Cristo Levantado, etc.* (agotado)

Vol. 3, No. 2 — *Reconciliación**

Vol. 3, No. 3 — *Arrepentimiento y Fe**

Vol. 3, No. 4 — *Reteniendo la Justificación*

Vol. 4, No. 1 — *Impedimentos para la Lluvia Tardía*

Vol. 4, No. 2 — *La Justificación por la Fe es el Fuerte Pregón*

Vol. 4, No. 3 — *La Perfección de los Santos*

(*Límite: uno por familia.)

Envíe el cupón a:

LLAMADO AL SANTUARIO

~~Route Box 608 H~~
~~Valley Center, California 92082, U.S.A.~~

SUSCRIPCIONES: P. O. Box 292
Temecula, CA 92593

Deseo recibir una suscripción gratis. Mi dirección es la siguiente:

Me he mudado. Mi dirección anterior era: _____

Mi nueva dirección sigue a continuación:

Nombre: _____

Dirección: _____


